
This is the **published version** of the bachelor thesis:

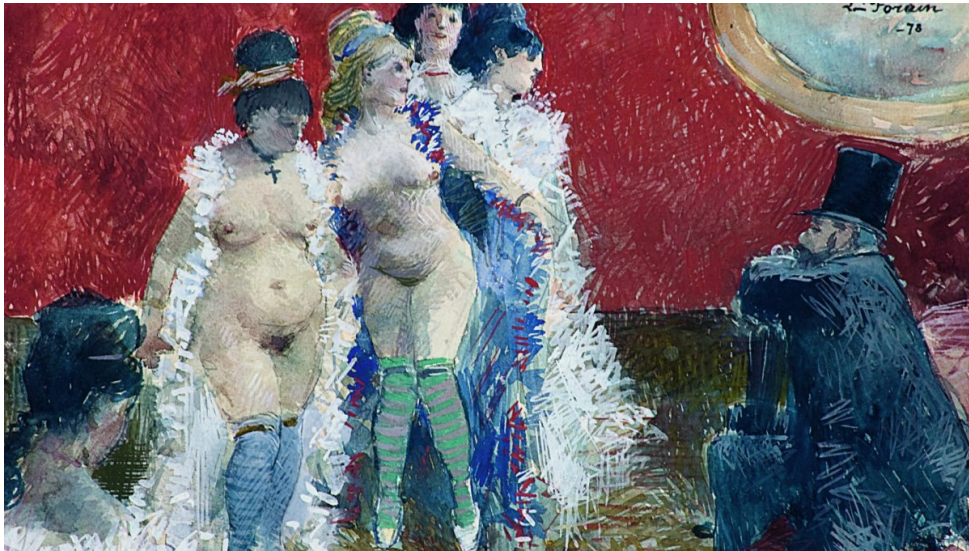
Vilchez Nava, Pau; Amores, Montserrat, dir. Las bestias del burdel: masculinidades en las novelas lupanarias del siglo XIX. 2024. 33 pag. (Grau en Estudis d'Anglès i Espanyol)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/300050>

under the terms of the  license

LAS BESTIAS DEL BURDEL: MASCULINIDADES EN LAS NOVELAS LUPANARIAS DEL SIGLO XIX

PAU VILCHEZ NAVA



Jean-Louis Forain
El cliente, 1878

Grado en Estudios de Inglés y Español

Universidad Autónoma de Barcelona

Curso 2023-2024

Tutora: Montserrat Amores García

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	2
<i>LA PARADOJA DEL VARÓN: (IN)VISIBILIDAD Y CONSTRUCCIÓN</i>	6
<i>MASCULINIDADES DEL HAMPA</i>	10
<i>ARISTÓCRATAS QUE AMAN</i>	16
<i>LAS BESTIAS DEL BURDEL</i>	22
<i>CONCLUSIONES</i>	26
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	29



Henri Gervex

Baile de máscaras en la ópera, 1886

INTRODUCCIÓN

«Los hombres asemejan fieras cuya lujuria se desata al contacto con la carne enferma, con la carne viciada» (Fernández, 2008: 124). Con estas palabras se refiere Pura Fernández a los individuos legitimadores del sistema de los lupanares, que corrompen a las mujeres e imponen su rol jerárquicamente superior como hombres. En este mismo sentido, Rosa Cobo (2010-2012: 10) justifica: «En sociedades en las que los varones tienen una posición de hegemonía, difícilmente podría pensarse que la prostitución es una realidad ajena a las relaciones de poder entre los géneros».

En la segunda mitad del siglo XIX, por influencia de autores como Émile Zola y su naturalismo, comenzarán a surgir una serie de novelas que se poblarán de salones de lupanares situados en los callejones más recónditos, de habitantes de las grandes ciudades que descubrirán su oculta psique. La novela naturalista de raigambre zolesca plasma la corrupción inherente a la sociedad moderna. Por ende, la prostitución se mostrará como uno de esos males, ejercida por las mujeres y sostenida por los hombres. El fruto de este género literario dejará entrever cómo se establece una fractura en el modelo moral de conducta entre hombres y mujeres, castigándolas a ellas por prostitutas, pues se presenta como normalizada la actividad de los varones que obtienen sexo a cambio de dinero para aliviar su supuesto mayor deseo carnal. Para Matilde Cuevas (1986: 165) «la sociedad burguesa va a imponer, de este modo, sus principios en materia de moral sexual, que serán diferentes para el hombre y la mujer». Asimismo, a partir del análisis elaborado a continuación, se visibilizarán la diferenciación de tres modelos de masculinidades pertenecientes a todas las clases sociales y económicas que hallarán en común el interés hacia la prostituta, ya sea en el amor, el vicio o el dinero. A propósito de esto, Beatriz Ranea (2023: 94) afirma que: «El burdel representa (...) lo que Celia Amorós (1987: 113) denomina "espacio de los iguales, espacio de las idénticas": los hombres, independientemente de las diferencias sociodemográficas, aparecen igualados por el derecho de acceso al cuerpo de las mujeres mediante pago».

El objetivo general del presente trabajo consiste en trazar una panorámica general en las distintas representaciones de la masculinidad en la novela lupanaria española del siglo XIX, ejemplificada por medio de cuatro novelas que abrazan una línea temporal de cuarenta años. El estudio se realizará a partir de cuatro novelas publicadas entre los años 1845 y 1884. La acotación temporal a la que pertenecen las masculinidades analizadas obedece a las características específicas adscritas al naturalismo radical español, según

ha estudiado Pura Fernández (2008: 41). Tomando de base la exposición prologal de Víctor Hugo en *Los miserables* (1862) sobre la corrupción del hombre por culpa del proletariado y las nuevas ciudades, esta investigadora llega a la conclusión de que: «El tema de la culpa social como responsable de la caída del individuo, atenazado por la miseria, la ignorancia, la injusticia y el materialismo que impone la venalidad del amor, será (...) el basamento del naturalismo zolesco, determinista y fisiologista».

Los principales textos del corpus estudiado son cuatro, ordenados cronológicamente por su publicación original de este modo: *Carmen* de Prosper Mérimée (1847); *La chula* de Francisco de Sales Mayo (1870); *María Magdalena* por Matilde Cherner, única autora de la selección que, además, publicó con el seudónimo masculino de Rafael Luna en 1880; finalmente, *La prostituta* de Eduardo López Bago (1884). Para empezar, la novela de *Carmen* escrita en 1845, aunque publicada un par de años más tarde, representa un caso excepcional, puesto que es la única novela no española y las tres restantes encajan dentro de lo que Pura Fernández llama naturalismo radical y ésta forma parte de la novela del Romanticismo. Sin embargo, su protagonista provoca una degradación en el hombre español que, funcionando como precedente, asentará las bases de conceptos como los chulos y la hegemonía masculina que provoca la posesión: «Los hombres aprenden desde niños que una de las recompensas principales que se les ofrece por ser obedientes al pensamiento y las prácticas patriarcales es el derecho a dominar sexualmente a la mujer» (Hooks, 2021: 81).

La novela nos narra la historia de una joven gitana que con sus atrevidos modos de vida enamora al joven don José Lizarrabengoa, que se había marchado de su tierra natal para formar parte del Ejército. No obstante, don José deberá abandonar ese oficio, a causa de las artimañas de la gitanilla que, como resultado, convertirán al honrado José en miembro de una banda de bandidos de España. El descenso moral del protagonista será tal que su obsesión por la joven lo acabará conduciendo a la violencia y a dos asesinatos. En primer lugar, al *Tuerto*, primer novio de Carmen y, en segundo lugar, a la propia amante por no poder poseerla.

Seguidamente, *La chula* es un tratado social con el propósito de analizar la prostitución española del momento, social, filosófica e históricamente, examinando las causas y consecuencias de las mujeres que llevan a cabo este oficio, así como cuestionando las leyes que perpetúan el sistema. Asimismo, el tratado consta de una estructura narrativa para dar a conocer estas intenciones donde se explica la historia de cómo Casilda acaba cayendo en las garras de la prostitución por necesidad,

principalmente para obtener alimento cuando su madre enferma. La joven descendiente de Maruja, que también había ejercido como prostituta, es controlada por la alcahueta Narcisa y tras una serie de encuentros desagradables con hombres poderosos, como el marqués de Aliatar o el duque de Haceldama logra ser mantenida por ellos. No obstante, la situación cambia cuando conoce a don Antonio Belmonte, un senador madrileño, y ambos se enamoran, ascendiendo Casilda socialmente al abandonar su oficio, aunque finalmente será desdeñada por su amante, a causa de su diferencia de clase.

En lo concerniente a la novela de *María Magdalena*, nos relata la vida de una joven salmantina, poniendo la voz narrativa en la mujer, que tras la pérdida de su padre pierde todas sus riquezas y lleva una vida mísera junto a su madre, que fallecerá poco tiempo después. Huérfana, sola y desdichada cae en las redes del burdel de Celestina donde conocerá a un joven estudiante llamado Ciro del que, tras un inicial rechazo de él hacia la figura de la prostituta, se enamorarán y vivirá junto a él una temporada de plenitud hasta que, por causas familiares de clase y honra, Ciro la abandonará dejándola sola de nuevo.

Finalmente, *La prostituta lopezbaguiana* narra la vida de una antigua prostituta sevillana, Mari-Pepa, residente en Madrid, que, junto a su chulo Arístides, abandona la prostitución para fundar sus propios burdeles, provocando, por ende, una suerte de monopolio en los lupanares de Madrid llevado a cabo junto al marqués de Villaperdida, un hombre al que solo le interesa hacer dinero usando a las mujeres. La trama avanza con la irrupción de una joven llamada Estrella que se presenta como desventurada y miserable, pues había sido maltratada por su padre y buscaba un trabajo. Estrella es aceptada, a causa de su gran belleza, pasándose a llamar *la Pálida*. La nueva prostituta, una vez en el lupanar, recibe las continuas visitas de su novio Paco que intenta sacarla del lugar, frustradamente, para poder llevar a cabo su amor espiritual, aunque, a causa de su insistencia por alejar a Estrella de la prostitución, es asesinado por Arístides. Asimismo, en el ambiente lúgubre, Estrella conocerá a un joven aristócrata llamado Luis, hijo del marqués de Villaperdida, con el que vivirá un breve periodo de amor hasta caer enfermos los dos.

El lugar en el que convergen hombres y mujeres es el burdel, en consecuencia, a partir de este espacio se visibilizan las diferentes identidades que encarnan los personajes masculinos de dichas novelas, de una forma más cabal, y podremos aproximarnos a tres diferentes tipologías para analizarlas en profundidad. Además, estas tres tipologías nos permiten mostrar el juego paradójico que desarrollan, pues, como se comprobará, el

ascenso social representará un descenso moral. Consecuentemente, los tres distintos tipos resultantes serían: el hombre del hampa que encarna un amor puro, no carnal; el aristócrata que también establece un romance que se desgasta progresivamente, a causa de la diferencia de clase, y, por tanto, no se alcanza nunca a un final junto a la amada; y, finalmente, la bestia, con una posición privilegiada en la sociedad del XIX, que solo busca un interés en la carne y el dinero; en otras palabras, los hombres que hallan en la prostitución «una actividad indeseable, aunque útil como medio de drenaje de la sexualidad excesiva masculina» (Karanović, 2020: 66). Por tal razón, la clase social a la que pertenecen los diferentes tipos determina el comportamiento de los seres humanos presionados por el entorno en el que viven.

Como se indicaba previamente, los principales textos del corpus son representativos de la ideología y de los diferentes prototipos masculinos de la España decimonónica, que representan desde las clases más populares a las más privilegiadas, al tiempo que se muestran los diferentes modos de operar en el fenómeno de la prostitución. Además, con el propósito de conocer qué es un hombre, cómo actúan y cómo estos perfiles son observados y considerados por otros estudiosos, se ha ampliado el corpus con investigaciones y artículos de otras investigadoras contemporáneas, puesto que el análisis de las masculinidades es un tema muy coetáneo y ha sido casi imposible poder encontrar estudios sobre los hombres en dichas novelas. A propósito de esto, John Tosh afirma (1994: 180): «En el registro histórico es como si la masculinidad estuviera en todas partes, pero a su vez en ningún lugar».

Seguidamente, a partir de estos personajes me he ayudado de los estudios sobre las masculinidades que se han desarrollado en las últimas décadas, como lo son los textos de Ranea y Hooks. En consecuencia, he indagado en el estudio de Beatriz Ranea (2023): *Puteros: hombres, masculinidad y prostitución*, en el que se aborda la prostitución desde la óptica del putero y el proxeneta, individuos que perpetúan el sistema y explotan a la mujer, haciéndose énfasis en la construcción de la masculinidad, y *El deseo de cambiar: hombres, masculinidad y amor* (2021) de Bell Hooks en el que la autora se adentra en cómo la cultura patriarcal interviene en el amor de los hombres. A partir de estas obras y las citadas en la bibliografía se pretende enlazar la Teoría de la Literatura con la Historia Literaria.

Se tendrán en cuenta, especialmente, las novelas y textos publicados por Pura Fernández como *Mujer pública y vida privada: del arte eunuco a la novela lupanaria* (2008), donde la autora realiza una panorámica en las novelas lupanarias desde la Historia

Literaria, analizando las diferencias y fracturas, especialmente morales, entre hombres y mujeres en el contexto del lenocinio: «La mayor parte de las prostitutas novelescas aparecen como víctimas adoctrinadas en la perversión por los hombres; la culpabilidad masculina en toda *caída* se reclama incluso en el caso de las prostitutas natas o patológicas» (Fernández, 2008: 87).

Previamente a iniciar el análisis particular de los tres diferentes arquetipos de masculinidades en las novelas mencionadas, se considera fundamental tener en cuenta qué es un hombre y cómo se construye una masculinidad, singularmente en el ámbito de la prostitución. De esta forma se presentará, desde una perspectiva de género, el prototipo de masculinidad hegemónica con el propósito de analizar las analogías o diferencias, de los personajes frente a este perfil preponderante.

Finalmente, para la investigación de los diferentes perfiles de hombres se realizará un estudio comparativo, teniendo en cuenta desde su vestimenta, prosopografía, atravesando por su análisis conductual y caracterización ideológica, frente al amor y la propia figura de las prostitutas, puesto que, como señala Ranea: «La persistencia de la prostitución no puede entenderse sin relacionarla con el modelo de masculinidad normativo que reproduce un patrón de sexualidad patriarcal y que encuentra en la prostitución una guarida» (Ranea, 2023: 29).

LA PARADOJA DEL VARÓN: (IN)VISIBILIDAD Y CONSTRUCCIÓN

¿Qué es un hombre?¹ La teoría de las masculinidades se ha planteado desde sus inicios qué es un hombre y cómo se construye. Ese concepto de género nos es relevante aplicado, especialmente, en la construcción de las subjetividades masculinas en el entorno de la prostitución. Consecuentemente, así como Beatriz Ranea justifica en su libro *Puteros. Hombres, masculinidad y prostitución*, «Se trata, por tanto, de hablar de la construcción

¹ El objeto de estudio del presente trabajo, como ha quedado reflejado en múltiples ocasiones, son las masculinidades, encarnadas en los hombres que conforman la selección de novelas lupanarias españolas del siglo XIX y la novela de *Carmen* como punto de partida. No obstante, llegados a este punto, emerge una incógnita que penetra el eje vertebrador de la investigación. En síntesis, tradicionalmente se relacionaba la figura del varón con la de la persona poseedora de órganos genitales del pene y los testículos. Sin embargo, con el transcurso de los años, con el progreso de la segunda ola del feminismo y el posestructuralismo, según expone Chen (2018: 249), crecen las dudas acerca de: «¿Qué es un hombre? o ¿qué debe ser de un hombre?». En consecuencia, con el objetivo de resolver esta cuestión, me he concentrado en cuatro ramas que logran dar una respuesta convincente a dicha pregunta, particularmente enfocadas en el ámbito de la prostitución, puesto que es el entorno en el que operan estas masculinidades.

de la subjetividad masculina en torno a la prostitución: ser o no ser putero, esa es la cuestión. Y si la demanda de prostitución es mayoritariamente masculina» (2023: 27).

En primer lugar, los diferentes perfiles de masculinidad que aparecen en las novelas del siglo XIX pertenecen exclusivamente a hombres. La presencia de los hombres se diferencia, por tal razón, de la de otros individuos llamadas mujeres. De este modo, podemos diferenciar entre María Magdalena y Ciro, o entre Estrella y Paco. A pesar de ello, el constructo género se revela como una clasificación de tipo relacional. En otras palabras, no se puede entender el hombre, portador de la masculinidad, de la mujer, llevando con ella la feminidad. La masculinidad, a pesar de luchar por divergir de la feminidad no se entiende sin esta, se necesitan y van directamente interrelacionados. En palabras de Jesús Espinosa Gutiérrez (2022: 32):

La comprensión analítica de las masculinidades resulta clave para operar en el conocimiento de la feminidad y viceversa. Se podría afirmar que masculinidad y feminidad, en cuanto identidades de género, guardan una estrecha interdependencia. Por ejemplo, la historiadora Joan Scott señalaba que el sistema sexo-género se asienta bajo la «naturaleza relacional de la diferencia» porque las identidades, de cualquier tipología, se construyen «por contraste con otras». Esta tesis descriptiva de la masculinidad conecta perfectamente con el carácter frágil y precario de la identidad masculina.

Por consiguiente, para tener que aceptar en el imaginario la existencia de una masculinidad se debe consentir, del mismo modo que una feminidad, cuya creación será menospreciada por el hombre, obteniendo, de esta manera, una paradoja en relación con la identidad de género. Esto se debe a que como conceptos recíprocos se necesitan entre ellos para coexistir. Sin embargo, uno es respetado y el otro es despreciado. Siguiendo esta teoría encontramos figuras como Pierre-Joseph Proudhon, anarquista francés del siglo XIX, que considera que el hombre porta consigo unas cualidades sexuales que el otro género no tiene. La masculinidad es sinónimo de virilidad y, en consecuencia, de una fuerza sexual potente e inherente que debe saciar: «¿Por qué la Naturaleza ha dotado solo al hombre de esa virtud seminal, formando a la mujer como un ser pasivo, como un receptáculo para los gérmenes que únicamente el hombre produce?» (Proudhon, 1911: 10). Seguidamente, trasladando esta hipótesis al presente, como resultado, atesoramos una nueva definición de masculinidad como la no-feminidad, puesto que consta de una naturaleza diferente. Dicha no-feminidad deberá de actuar de una manera determinada en un contexto concreto, es decir, *performar* en un emplazamiento que lo ampara, protege e, incluso, idealiza: el patriarcado, del que se hablará a continuación. Por consiguiente,

performar se entenderá como un sinónimo de fingir o interpretar, en clave de género. La filósofa estadounidense Judith Butler asegura la necesidad de *performar* en dichas circunstancias, puesto que, «El “nombrar” el sexo es un acto de dominación y obligación, un performativo institucionalizado que crea y legisla la realidad social al exigir la construcción discursiva/perceptual de los cuerpos de acuerdo con los principios de diferencia sexual» (Butler, 2007: 231-232).

En las novelas lupanarias analizadas, la prostituta es la pecadora que necesitará del comercio de su sexo e intimidad para poder alimentarse. María Magdalena, Pepa, Casilda, Mari-Pepa, Estrella y Carmen son mujeres que, ante el deseo carnal de los hombres que las rodean, encuentran una solución para mantenerse vivas. De nuevo, se pone en evidencia que la raíz se encuentra en la idea de la fragilidad y la aversión sexual en ellas, víctimas del mundo que las rodea y las arrastra hasta las calles y lupanares como vía de escape. Fragilidad que don Francisco de Sales Mayo plasmará en el inicio a *La chula* manifestando: «Nos atrevemos a afirmar que nace de su naturaleza propia (de la mujer), que dimana de constitución orgánica especial, más frágil, más delicada que en el hombre» (1870: 34). Como conclusión, diferenciamos dos géneros que se conciben el uno sin el otro, pero siendo el masculino, no femenino, más vigoroso en cuanto al sexo y llevando a las prostitutas de la literatura española del siglo XIX a tener que caer en los placeres de los hombres para vivir. En este sentido, Pura Fernández da su interpretación sobre la afirmación de don Francisco de Sales Mayo asegurando que estas mujeres padecen una, Debilidad psíquico-afectiva, que provoca su indefensión ante los desaprensivos seductores, y su inferioridad social, que la convierte en víctima de la miseria y de la ignorancia» (Fernández, 2008: 197)

Seguidamente, la masculinidad opera en el ámbito del patriarcado que es el sistema de dominio del hombre, frente a la subordinación y consecuente invisibilidad y menosprecio de las mujeres, especialmente si ejercen como prostitutas. Bell Hooks define el patriarcado como el «sistema político-social que afirma que los hombres son inherentemente dominantes, superiores a todo y a todas las personas a las que se considera débiles, especialmente a las mujeres» (2021: 34). En nuestras novelas, todos los hombres, independientemente de su estatus social o económico, subyugan y oprimen a la mujer, como se demostrará más adelante. En lógica consecuencia, el sistema activo-pasivo será el patrón de conducta en las prácticas sexuales y en las relaciones entre personajes, o lo que es lo mismo, un poderoso y un débil. Un esquema o patrón que «se revalida asumiendo mandatos de género tradicionales, como son el ejercicio del rol de protector

del “sexo débil”» (Espinosa, 2022: 20). Estas masculinidades, a la postre, conforman la hegemonía frente a otros perfiles, como las mujeres u hombres vistos como más débiles, si no actúan como deberían y, por tanto, en el caso de los hombres se consideran feminizados: «”Masculinidad hegemónica” acuñado especialmente por Raewyn W. Connell (...) no solo por oposición a la feminidad, sino también por oposición a otras masculinidades menos valoradas o directamente denostadas» (Blanco, 2020: 273). Estas masculinidades hegemónicas tienen un papel más importante en la sociedad y son las encargadas de funcionar como el rol proveedor de la pareja, siempre entendida en este contexto como hombre y mujer. Así pues, mientras ellas se quedan encerradas en el lupanar, advertimos como ellos se mueven libremente con intención social y económica. Por ejemplo, Arístides, en *La prostituta*, buscar círculos de hombres adinerados para poder ascender socialmente y atraerlos al local en la que trabaja su amada junto a otras mujeres, «El amante de Mari-Pepa se encontró con el excolegial en uno de aquellos almuerzos del restaurant de Forno, sentándose los dos, rodeados de amigos» (López Bago, 1884: 168). Se trata de un pasaje paradigmático que demuestra la vida pública de la masculinidad frente a la vida privada femenina, durante el siglo XIX. Por ende, es una vida basada en las funciones domésticas de una casa, en el cuidado de los descendientes y al servicio siempre de su marido o el hombre que estuviera a su cargo. Sobre la función relegada a la domesticidad de la mujer, Vladimir Karanović (2020: 55) sostiene que «a la mujer pertenece exclusivamente el papel del “ángel del hogar”, una mujer dulce y sacrificada, sin deseos ni opiniones personales, privada de todos los derechos esenciales, apartada de la vida pública y de los mecanismos de la decisión colectiva». En consecuencia, la única vida pública que conocerán las mujeres de las novelas fruto de este análisis será la de prostitución, una vida pública vituperada. Por tanto, por un lado, este sistema burgués patriarcal diferencia entre hombre y mujer, y a su vez, configura la forma de vida y costumbres que puedan llevar. Frente a un arquetipo burgués que encierra y priva a las mujeres de goces, a los hombres se les permite romper con los valores exigidos por este ideal, con fuerte raíz en la religión. Beatriz Ranea (2023: 37-38) afirma que los prostíbulos representan «escenarios de libertad (para los hombres) ante la rígida moral de la época». La prostitución, por esta razón, no es más que un marco o una atmósfera en el cual se reproducen el patriarcado y la supremacía del género no femenino. El hombre, sea burgués o no, puede decidir si acatar las reglas católicas o sucumbir a los deseos de la carne: «El hombre, por el contrario, será libre de contravenir las leyes de la fidelidad,

siempre que se comporte con discreción y no atente contra su propia respetabilidad» (Cuevas, 1986: 165).

Por otra parte, las figuras masculinas con su inherente preponderancia jerárquica, en el escenario de la prostitución de las novelas lupanarias del siglo XIX, se ven obligadas a fingir un carácter o unas actitudes y maneras de actuar, pues si no, en el caso contrario, como ocurre y se verá en la figura de Luis de *La prostituta* lopezbaguiana, no es comprendido por otros sujetos masculinos. El hombre deberá ajustarse a una manera de actuar y pensar concreta para no ser señalado o juzgado, es decir, deberá *performar* conforme a sus conductas de género. Esa manera de actuar es lo que Espinosa (2022: 39) llama las tres “P”: «Protector, proveedor y preñador (fecundador)». Así pues, haciendo especial énfasis en el último adjetivo, observamos como nos remite, una vez más, al marco del sexo y la prostitución donde la masculinidad ejercida en el acto es la que tiene el poder.

Finalmente, el macho y la prostitución no son más que una herramienta que sirve para reforzar la idea de masculinidad hegemónica de la que ya nos hemos ocupado. El hecho de no castigar al hombre, pero hacer pecadora a la prostituta, obliga a las mujeres a perder su identidad, mientras que las masculinidades siguen siendo las mismas de siempre, incluso ganando reputación por lo que están haciendo. Como se verá, María Magdalena, de la novela homónima, se convertirá en *Aspasia* y Estrella sufrirá una metamorfosis a ser *la Pálida*. «En el ordenamiento social es un ser anónimo, inexistente, que ha de adoptar un apodo y olvidar su nombre original para ingresar en las filas de la prostitución tolerada» (Fernández, 2008: 22). En la prostitución mandan ellos, a pesar de que ellas sufran las consecuencias, como la violencia, y participen del acto. En el capítulo décimo de *La prostituta*, se produce una escena fiera cuando la virginidad de Estrella es subastada, después de que Arístides haya conseguido atraer a una turba de hombres jóvenes al local, lugar gobernado por el poder del dinero y del varón. Acerca de esta escena, Pura Fernández la describe como un «*laissez-faire* en nombre de las ganancias» (2008: 190). Beatriz Ranea, sobre la prostitución afirma que, «un putero reproduce (...) lógicas de los patrones sexuales masculinos normativos, donde las mujeres siguen siendo percibidas como cuerpos, objetos disponibles para los hombres» (Ranea, 2023: 59)

MASCULINIDADES DEL HAMPA

Las clases bajas también aman (y mejor). Una vez formulado el concepto de hombre y algunos mecanismos sobre la construcción de la masculinidad en el mundo de los lupanares, procederemos a describir los distintos perfiles de masculinidad del mundo lupanario con relación al amor que sienten hacia sus amadas y/o damas de compañía. Para empezar con esta clasificación de tipos, nos dirigimos a la base, a la zona más rasa de la pirámide que conforma la sociedad: los bajos fondos.

En las novelas lupanarias del siglo XIX español, en este plano de la colectividad hallamos fundamentalmente a los majos y a los chulos, figuras masculinas directamente vinculadas con el delito, el odio y la subcultura marginal literaria española. Miguel Ángel Muro, al respecto de estos individuos explica que, fundamentalmente, son: «gitanos, bandoleros, contrabandistas o toreros (...) gentes al margen de la sociedad que engañan, asaltan, trafican, pelean a navaja y saldan sus diferencias con la violencia (...) Este mundo costumbrista y castizo» (Muro, 2007-2008: 174). Por ende, el término «chulo» debe de ser entendido de este modo y no como el acompañante y benefactor de la prostituta, es decir, debe leerse en clave de clase baja y prejuicios delictivos que conlleva. Cabe señalar, asimismo, la breve descripción que proporciona otro de los autores analizados sobre lo que significa ser un chulo: «Aunque forma parte del pueblo, no es ya el hombre exclusivo del pueblo, sino la fracción viciosa de él» (Mayo, 1870: 21). Sin embargo, el estatus inferior en la jerarquía socioeconómica, es decir el ser un miembro del hampa, reflejado en las novelas estudiadas produce, a su vez, un oxímoron, puesto que estas masculinidades que «mejor aman» espiritualmente. No obstante, el carácter fisiológico de clase los conducirá a la ruptura de ese amor del alma y, al final, el hampa siempre volverá violento al hombre.

Amar mejor o peor es hablar en términos relativos. ¿Qué es el buen amor? Para ello, he tomado como referencia el tópico literario *amor bonus*, un tipo de amor que supera el deseo de carnalidad y va ligado al espíritu, la verdad y al amor platónico: «Un amor que embellece, alegra y felicita al hombre. El enamoramiento recíproco, sea cual sea su último acto, que podrá ser limpio o podrá ser loco» (Sobejano, 2008: 244). Por tanto, el *amor bonus*, a su vez, configura una paradoja en las masculinidades de la novela lupanaria donde el espacio burdelesco señala directamente una actitud contraria, llena de vicios y sensualidad. El *amor bonus*, al menos aparentemente, se verá encarnado solamente por un personaje de la clase baja, un chulo: Paco, *el Granuja* de *La prostituta*, mientras que don José, protagonista de *Carmen* funcionará como un majo, primigenio y futuro modelo literario, que ama desproporcionada y tormentosamente a su gitanilla, pero

alcanzando un empeoramiento de su conducta, llevado por un *amor ferox*, un amor salvaje. En ambos casos la pasión amorosa supeditada a la fisiología será lo que cambiará el carácter de las masculinidades.

Por un lado, don José Lizarrabengoa podría ser clasificado como un majo, antecedente en la novela romántica para los chulos del naturalismo radical, puesto que es un buen hombre de origen vasco el cual huye de su tierra natal por problemas, uniéndose a la milicia donde será destinado a Sevilla, concretamente a la fábrica tabaquera, en la que conocerá a su enamorada: la gitanilla Carmen. Este caso, sin embargo, es muy curioso, puesto que sufre una «degradación social y moral» (Murillo, 2007-2008: 177) a causa del amor por Carmen, para poder seguir a su lado. Por ende, debe adoptar su estilo de vida y se convierte en un bandolero descrito, en su primera aparición como: «Un joven gallardo de estatura mediana, aunque de constitución robusta (...) tenía en una mano la rienda de su montura, en la otra un trabuco de cobre» (Mérimée, 2023: 57). En consecuencia, el caso de la masculinidad protagonista de la obra de Mérimée es curiosa, puesto que hallamos una masculinidad hegemónica inicial que padece un proceso de degradación causando que, posteriormente, se deje arrastrar por la pasión amorosa y un amor salvaje que lo llevará a formar parte del mundo del hampa, como ladrón y bandolero, adoptando en la conclusión de la novela un carácter violento ligado a la fisiología de este tipo de personas en el siglo XIX: «Hay una asunción voluntaria de degradación moral y social para estar al lado de sus infieles amantes (...) el contrabando y el bandolerismo, en el caso del español (...) Además, don José de carácter violento (...) llega al asesinato y a matar él mismo a su amante» (Muro, 2007-2008: 177). Carmen será la que dictará cómo debe vivir él si quiere seguir amándola. Don José, esclavo de su amor aceptará y, por esta razón, se producirá el efecto inverso al resultado de novelas posteriores como la modernista *La procesión del Santo Entierro* (1914) de Antonio de Hoyos y Vicent donde, «El soldado heroico del altar simbólico varonil retorna a la domesticidad» (Chen, 2018: 252). Don José, consecuentemente, se convierte en bandolero arrastrado por la pasión y un sentimiento amoroso desmedido. Su *amor ferox* se plasma en momentos como: «Habría sido sensato si no hubiera vuelto a pensar en ella; pero, desde aquel día de la calle del Candilejo, yo no podía pensar en otra cosa» (Mérimée, 2023: 114). *Amor ferox* que, además, en su perfil, constituye una forma de *militia amoris*, puesto que la gitanilla, inicialmente lo desdén: «Entonces la gitana le lanzó una mirada de profundo desprecio» (Mérimée, 2023: 85) y al final de la novela la amada se sacrifica como producto del amor.

Por tanto, aquello que prima en esta novela romántica es la degeneración del hombre, debido a una pasión amorosa moralmente no aceptable.

Por otro lado, Paco, apodado *el Granuja*, es presentado como el novio de Estrella, la joven prostituida, y como carpintero local, además de participar en algunas travesuras como «Poner rabos a las viejas que pasaban por la calle, tirar huesos de aceituna a los señoritos de chistera» (López Bago, 1884: 128). Asimismo, en su primera aparición, la narración justifica que: «*El Granuja*, a pesar de su alarmante apodo, no era un cochino como los demás muchachos de la casa de vecindad (...) era valiente y noble de corazón» (López Bago, 1884: 128). La pureza de corazón será significativa a lo largo de toda la trama, pues a pesar de su humildad social, muestra como una potente fuerza amorosa lo une con su amada y le será fiel hasta el final. Asimismo, esta idea también es perceptible mediante su descripción física, en el momento de su aparición: «Era un joven alto y delgado, robusto y sano, moreno y de enérgicas facciones, que contrastaban con la dulzura melancólica de su mirada» (López Bago, 1884: 130). Paco ha sido privado de su ferviente amor sincero, a causa del sistema prostibulario.

La figura vinculada a una jerarquía social baja del *Granuja* contrasta con la de *el Chulo*, Arístides, del cual se hablará más adelante. La diferencia entre Paco y Arístides no está en el género, más bien en la clase: «*El Granuja* y *el Chulo* fueron grandes amigos, aunque solo dentro del lupanar, porque en la calle, Arístides, orgulloso con su elegancia, no cruzaba el saludo con ningún menestral» (López Bago, 1884: 145). Seguidamente, del mismo modo que Paco vela por la seguridad y el bienestar de su enamorada, convertida en prostituta, a pesar de no formar parte del entorno lupanario, será el principal apoyo de Estrella cuando lo necesite. Paco no tiene el afán de acostarse con Estrella, lo que quiere es poder llevar a cabo una relación feliz juntos. Pura Fernández (2008: 177) afirma que «la chula es un ser desgraciado (...) Pero, a la postre, el afecto de este hombre es lo único que contribuye a que la mujer sobrelleve la vida en el burdel, y resulta inconcebible no contar con este desahogo» (Fernández, 2008: 177). Y justamente en contribuir a dicha supervivencia en la hostilidad del marco prostibulario, *el Granuja* no dudará en perder su *performatividad* de género y expresar libremente sus sentimientos, puesto que el *amor bonus* le obliga a mostrar el malestar de su alma por no poder vivir con su amada Estrella. En *La prostituta* lopezbaguiana la chula es Mari Pepa, una antigua prostituta que junto a su amante se convierte en la alcahueta principal de Madrid. «*El Granuja*, no había podido resistir, y estaba llorando (...) si *usté* supiera qué desgracia tan grande es esta» (López Bago, 1884: 132), a lo que la dueña del lupanar, Mari-Pepa, le

recuerda cómo debe actuar una masculinidad, ya que ha roto las convenciones de cómo su no-feminidad tenía que ejecutarse: «Vaya, los hombres han de ser hombres — amonestó Mari-Pepa» (López Bago, 1884: 132). La pasión que siente el joven carpintero de clase obrera, consecuentemente, se visibiliza constantemente entre las páginas de *La prostituta* siendo un esclavo de Cupido y cuya única voluntad es poder vivir plácidamente con su *Pálida*. La activista social Bell Hooks expone, en opinión contraria al comportamiento de masculinidades como la de Paco y justificando la madama: «Las costumbres patriarcales enseñan una forma de estoicismo emocional a los hombres que dicen que son más varoniles si no sienten nada, pero si por casualidad deben sentir y los sentimientos les duelen, la respuesta viril es reprimirlos, olvidarlos» (Hooks, 2021: 24). Sin embargo, al no encontrar una solución, lejos de dejarse llevar por su animalidad, sigue con la actitud melancólica y enfermiza, hallando su enfermedad en el amor de su alma: «Pero ¿y yo? ¿Qué va a ser de mí? —gritó *el Granuja*» (López Bago, 1884: 132). Asimismo, su naturaleza de enamorado desdeñado por la situación de su amada se refleja también en su entorno: «Necesitaba no ver el cielo, no ver el campo, meterse en lo oscuro, olvidar que hacía sol, porque para él la naturaleza estaba triste» (López Bago, 1884: 138).

De hecho, el *amor bonus* de *el Granuja* alcanza tal pureza, basada en el pensamiento de la época, que sin su amada la vida para él no tiene sentido alguno y, por ende, puede perderla: «Te juro por la vida de mi madre que me mato aquí mismo. Me ahogo con las manos (...) yo no puedo vivir así» (López Bago, 1884: 132). Ciertamente, es tan desmesurada su obsesión amorosa que, lógicamente, es percibida por otros personajes. *El Chulo*, dueño del prostíbulo donde está encerrada Estrella, mata al enamorado de la joven momentos previos al desenlace de la novela. Poco antes de perpetrar el asesinato, piensa en arrancar, «La vida, el alma, el amor de Paco» (López Bago, 1884: 254). Finalmente, cuando el joven cae asesinado al frío suelo, se destaca su pasión hasta el último aliento. Solamente la muerte ha podido vencer el amor de su alma: «(*El Granuja*) cayó como una masa inerte con el corazón partido» (López Bago, 1884: 254).

¿Cuál es el designio final del amor en los hombres del hampa? La respuesta es: enlazar las dos almas enamoradas y materializarlas en la institución del matrimonio. Por un lado, en Paco, *el Granuja*, se menciona explícitamente: «Él soñó con hacer de Estrella su mujer (...) y luego casarse, tener una casa, y en la casa una familia» (López Bago, 1884: 135). Por otro lado, don José no lo manifiesta tan abiertamente, pero ruega a Carmen: «Cambiemos de vida —le dije en tono suplicante— vámonos a vivir a un sitio

donde no estemos nunca separados» (Mérimée, 2023: 146), a pesar de que Carmen no corresponde a don José como lo hace Estrella a Paco. Sin embargo, ambas masculinidades buscan en la institución del matrimonio, de manera más o menos indirecta, la unión de dos almas enamoradas para acabar dominando a la mujer. «Pateman explica que el contrato de matrimonio se constituía como una réplica a pequeña escala del *contrato sexual original*, a través del cual los miembros de la fraternidad masculina se garantizarían la propiedad de una mujer» (Ranea, 2023: 36). El matrimonio o una vida juntos significa que la mujer sea subyugada y, de nuevo, regresar al patrón de la hegemonía masculina donde se pueden reproducir los valores de dominio de ellos sobre ellas²: Paco quiere casarse con su *Pálida* para que esta no ejerza más, dado que Estrella anhela cambiar de vida, pero la sociedad no se lo permite. En cambio, Don José quiere vivir con Carmen para que la gitana no pueda verse involucrada en aventuras con otros hombres, pero Carmen no quiere cambiar de vida, puesto que su naturaleza y lo que ella desea es esa vida salvaje que lleva.

A pesar del amor espiritual que sentían ambos hombres, ellas no les corresponden en cuanto al sometimiento por su parte y siguen en el camino de la «mala vida» que llevan. Por un lado, Estrella, llegando a aceptar el prostíbulo por necesidad y, por otro lado, Carmen, por voluntad propia, probablemente siguiendo la idea propuesta por Jesús Espinosa: «Toda alianza contratada entre un hombre y una mujer con objeto de satisfacer miras egoístas es pura prostitución, tanto si ha sido autorizada por un cura o un funcionario civil» (2022: 316). Es decir, la mujer tanto en el lupanar como en el matrimonio acaba siendo servidora de un hombre y la une un vínculo, ya sea económico o institucional o religioso, que la subyuga al varón y la sitúa en una posición jerárquicamente inferior a la del otro género.

Finalmente, la consecuencia del rechazo del deseo que trasciende la carnalidad en ambos hombres del hampa acaba conduciéndolos a una corrupción de su bondad espiritual por culpa de la propiedad, la posesión y, posteriormente, la violencia. Se debe en el caso de *La prostituta* al fuerte carácter fisiológico de la novela naturalista radical la cual razonaba que los miembros de la sociedad relativos a la clase baja, o muy baja, heredaban costumbres y maneras de vida deplorables y corrompidas, a diferencia de las clases más privilegiadas. Por ende, en la antecesora novela romántica como en la novela del naturalismo radical, aunque con propósitos distintos, se muestra cómo la pasión

² Así como reflexiona la protagonista de *La librería de París* de Kerri Maher: «Se había dado cuenta de que unirse significaba someterse» (Maher, 2022: 21)

amorosa, ligada al carácter fisiológico del hombre, cambia el carácter del enamorado. Como ya se ha hecho referencia, don José y Paco al finalizar sus respectivas novelas son personajes pertenecientes a una clase social muy baja y aman más allá del sexo, puesto que ni lo mencionan en sus respectivas novelas. No obstante, el final no satisfactorio de sus amores por parte de sus amadas les acaba convirtiendo en hombres posesivos que calcan el modelo hegemónico social de género: «Los obreros desposeídos de poder en la jerarquía de clase, es decir, desposeídos frente a su jefe, encontraban su espacio de poder en el ámbito privado, en la casa donde ostentaban el poder sobre *su* mujer y su prole» (Ranea, 2023: 52). En consecuencia, Paco, por una parte, ejercerá un tipo de violencia verbal y física, al enterarse de que su amada se ha unido carnalmente con otros hombres: «¡*El Granuja* se había erguido, había intentado seguir a *la Pálida*, lanzando una imprecación amenazadora» (López Bago, 1884: 179) y «¡Ah! ¡puerca! Levantó la mano y desahogó su rabia» (López Bago, 1884: 244). Por otro lado, la violencia de José Lizarrabengoa alcanza el epítome asesinado a Carmen por no poder saciar su amor, así como explica la protagonista en su discurso final: «Ya no te quiero; tú todavía me amas y por eso quieres matarme (...) puesto que eres mi *rom*, tienes derecho a matar a tu *romí*; pero Carmen será siempre libre. *Callí* nació y *callí* morirá» (Mérimée, 2023: 149).

ARISTÓCRATAS QUE AMAN

«Las personas que vivieron en el siglo XIX puede que no barajasen la masculinidad como una categoría analítica, pero sí eran conscientes de que había muchas formas de ser hombre, algunas más deseables que otras» (Martykánová y Walin, 2023: 13). Y es que, si previamente se ha analizado la zona base de la pirámide socioeconómica de la sociedad española reflejada en las novelas, en este apartado se ascenderá hasta los últimos peldaños de esta para descubrir a los aristócratas que aman, mediante un amor espiritual, a las prostitutas, a pesar de su indeseado porvenir a causa de su diferencia de clase. Este es el caso de tres personajes masculinos presentes en tres novelas naturalistas radicales. En primer lugar, don Antonio Belmonte de *La chula* es un senador rico y aparentemente con una vida fastuosa. No obstante, en el transcurso de la novela, se descubre su carácter austero, también de alma. El hombre perteneciente a las altas esferas de la sociedad, y con un cargo político, se enamora perdidamente de la prostituta Casilda y tendrán una relación amorosa hasta que se deban separar a causa de la diferencia de clase y el matrimonio del senador con una mujer de su jerarquía. En segundo lugar, Ciro presente

en *María Magdalena* encarna a un joven estudiante salmantino que, a pesar de detestar a las mujeres y sus virtudes, acabará maravillado espiritualmente por *Aspasia*, una prostituta interesada por el conocimiento del círculo de universitarios. Sin embargo, su dichosa relación terminará, a causa del honor y el deber de clase y familia que Ciro le debe a su padre. En tercer lugar, Luis, es el joven primogénito del marqués de Villaperdida. Pese a sus vicios económicos y modos de vida, relacionados con la clase, rechazará por completo el mundo lupanario y cómo son tratadas las mujeres en aquel entorno. Asimismo, contraerá un amor más allá de la carnalidad con Estrella, puesto que es de las pocas masculinidades que logra empatizar con ella. En consecuencia, los tres casos se corresponden a una alteración en el paradigma de la masculinidad que comenzó a surgir en el XVIII y se enfrentaban por su conducta, directamente, con la construcción que había hasta entonces. En palabras de Mauricio Zabalgaitia: «Se trataba del ideal del “hombre de bien” ilustrado u “hombre sentimental”, un hombre capaz de “domesticar sus impulsos pasionales hasta convertirlos en refinados sentimientos”» (2017: 21)

Cabe señalar que el hecho de plasmar en las novelas naturalistas radicales cómo no únicamente aquellos más depravados por el imaginario colectivo, es decir, los hombres de clases bajas, fueron practicantes de la prostitución que iba totalmente en contra de la moral católica, fue objeto de censura. Un ejemplo paradigmático de ello se encuentra, por ejemplo, en Pura Fernández (2008: 151) cuando explica que: «Los higienistas de Madrid denunciaron las acusaciones vertidas en la novela *La prostituta* (1884), en donde se daba por hecho la connivencia de los facultativos con las amas de los burdeles» (Fernández, 2008: 151). Es decir, la concepción de narrar de qué forma los hombres que trabajaban al servicio del estado, como don Antonio Belmonte, mantenían tratos con las alcahuetas para practicar la prostitución fue objeto de censura. Asimismo, para presentar este arquetipo de nobles con un amor puro, pero desdichados debido al destino y al deber, he analizado las tres masculinidades teniendo en cuenta la prosopografía, la descripción de su carácter, centrado en el amor respecto a la prostituta amada y, finalmente, el afligido final que todos tienen.

En primer lugar, el senador don Antonio Belmonte de *La chula* se presenta como un individuo respetable de la sociedad, de unos cuarenta años, y con una posición predominante en la política del país; hecho que se refleja en la primera descripción que obtenemos de esta masculinidad, particularmente centrada en su vestimenta: «Cuyo traje, cuyo ademán, cuyo conjunto (...) revelaba al caballero, ponía de manifiesto esa cualidad del hombre de finos modales y exquisita educación» (Mayo, 1870: 135). Posteriormente,

Casilda, la prostituta de esta novela, por medio de sus amistades femeninas acaba descubriendo la gran popularidad del hombre del cual se ha enamorado, a pesar de estar casado con una joven de su clase social: «¡Quién no conoce en Madrid al senador don Antonio Belmonte, el rico extremeño, el simpático hidalgo!» (Mayo, 1870: 142).

Seguidamente, a lo largo de las páginas de *La chula*, Francisco de Sales Mayo describe su carácter modesto y para nada ostentoso, más bien aparentando tanto físicamente como psicológicamente a una persona austera, discreta y humilde. Belmonte, interrogado por su amada, llega a afirmar que: «Mi carácter me hace aborrecer todo lo que es ostentación» (Mayo, 1870: 147). Sin embargo, debida a su sencillez, alcanza a enamorarse profundamente de la prostituta sin llegar a la carnalidad, preocupándose por Casilda, aun cuando su situación era comprometida, pues estaba prometido con una joven de su clase social: «¿Estás ya cansada de mí? ¿Te causo hastío? Habla, habla por piedad; ¿no quiere ya mi cariño? (Mayo, 1870: 179) o en «Duerme, bien mío, te amo yo demasiado para despertarte» (Mayo, 1870: 180), protagonizando escenas domésticas de una pareja felizmente enamorada.

Finalmente, a pesar de ello, el desenlace de la relación entre la prostituta y el senador no puede acabar en términos alegres para los dos enamorados y este punto no se entendería sin los conceptos clave del honor y la honra, vinculados a la hegemonía masculina de una clase alta: «En la España del siglo XIX la masculinidad normativa que operaba entre las clases sociales en posición de privilegio se encontraba inextricablemente unida a la vertiente masculina de la honra» (Blanco, 2020: 283). Belmonte, como poseedor de fortuna gracias a su cargo político, debe verse correspondido por un igual no-masculino. Consecuentemente, la situación resultante es la de enamorarse de una prostituta, y lo que es peor, es una circunstancia conocida por la sociedad, especialmente por los hombres de la sociedad. Su situación le comporta una total pérdida del honor que debe reparar. Por el motivo antes mencionado, es de su obligatoriedad dejar a la prostituta y todo su mundo. Siguiendo los deseos también de su mujer redacta una carta justificándolo: «Los deberes de su posición social y la paz de su matrimonio lo exigían así (...) todo había concluido para siempre entre los dos» (Mayo, 1870: 187).

En segundo lugar, y repitiendo el paradigma anterior, Ciro La Sierra, en *María Magdalena* de Matilde Cherner, es presentado como un hombre de veinte años con estudios universitarios y con una posición elevada en la Salamanca del siglo XIX, gracias a su familia. Cabe destacar, de igual modo que como el senador Belmonte, que esta

privilegiada posición se corresponde también con un físico atractivo y lozano, descrito prosopográficamente de este modo: «Su rostro se hacía notable, más que por la belleza de los rasgos por la atrevida y característica acentuación (...) su figura tan esbelta (...) trasluciéndose su poderosa musculatura» (Cherner, 2022: 92). Asimismo, con *Ciro* la vestimenta sirve para destacarlo de otros hombres y señalar su riqueza: «Quitándose gabán y sombrero» (Cherner, 2022: 92)

No obstante, a diferencia de la amabilidad y docilidad que presentaba el senador, *La Sierra* es, inicialmente, descrito como un hombre que rechaza a las mujeres, queriendo presentar su hegemonía sobre ellas y tratándolas como estúpidas: «Tan excéntrico y original como es, ha incurrido en la manía de creer a las mujeres seres inferiores, incapaces o indignos de interesar nuestro corazón» (Cherner, 2022: 86), a lo que *Aspasia*, apodo de *María Magdalena*, la cortesana seducida del estudiante llega a declarar: «¡Qué bajos son los hombres! ¿Cómo Dios entregó a su albedrío a los puros y dulces seres que ellos creen criados solo para su regalo?» (Cherner, 2022: 77). A pesar de ello, cuando *Ciro* conoce a *Aspasia* en el entorno de la casa de lenocinio descubre su pureza e incluso llega a idealizar a la joven platónicamente y cae rendido a su virtud: «Logró que el misógino y brillante *Ciro* la conceptuara como el ideal femenino capaz de colmar las expectativas del hombre más admirable, convicción refrendada por su aristocrático padre» (Fernández, 2008: 260). Sin embargo, su amor puro es fruto del pensamiento de que él la ha salvado de aquel lugar tan cruel. Sin la figura masculina, *María Magdalena* seguiría hundida en la miseria, representada por el barro: «Hay almas de tan diamantina pureza que pueden yacer sumidas en el más inmundo fango sin mancharse» (Cherner, 2022: 129). Finalmente, a pesar de la adversidad inicial, *Ciro* saca del lupanar a su amada para llevársela a vivir a una casita de las afueras de Salamanca donde la pareja vive una temporada con afecto, apego y cariño, así como narra la protagonista: «Sin separarse de mí, sin cansarse de mi amor, sin hacérsele pesada mi ternura, él me abría su alma, me participaba sus ideas, me asociaba a sus pensamientos, engalanando mi imaginación con los ricos atavíos que adornaban su ardiente fantasía» (Cherner, 2022: 136).

El final de *Ciro* con su tan querida *Aspasia* vuelve a ser trágico por el concepto del deber, ligado al honor. *La Sierra* es hijo de un hombre que heredó una gran fortuna, incluyendo bienes y títulos. Sin embargo, este los perdió al verse viudo y los recupera, gracias a su hermano, tío de *Ciro*, que permite que la familia vuelva a tener su fastuoso estado con una condición: «Que me des la palabra de que tu hijo (*Ciro*) ha de ser esposo de mi hija, y le dejes por único heredero de su título y de todos tus bienes» (Cherner,

2022: 172). En consecuencia, el amor con la prostituta no puede continuar, puesto que debe hacer honor a su condición y obedecer el deber familiar que le precede: «Por grande que sea nuestro amor, por disolubles que sean los lazos que nos unen, también es muy grande el cariño y respeto que a mi padre profeso y me impone una palabra tan solemnemente empeñada» (Cherner, 2022: 175). Por tanto, ese padre «tan noble y caballero» (Cherner, 2022: 156), el cual engendra el estatus honorífico de su clase se interpone entre los dos amantes. El comportamiento del joven estudiante es inaceptable para su condición y su familia. Karanović (2020: 53) justifica que: «De ahí la necesidad de aislar, vigilar y corregir a las personas que muestran los elementos de un comportamiento “inaceptable” y socialmente “inadecuado”. Este modelo se utiliza tanto en las sociedades burguesas del siglo XIX».

En tercer lugar, Luis de *La Prostituta* se revela como un joven proveniente de Francia, primogénito del marqués de Villaperdida y de también veinte años. Como sucede en los casos anteriores, su aparición viene acompañada por una descripción de su físico y ropajes que acompaña la idea de poder que tiene consigo: «Extremadamente delgado, pálido, ojeroso, alto (...) se quitó el sombrero al subir la escalera (...) tenía el pelo rubio, muy rubio (...) un *monocle* en el ojo derecho» (López Bago, 1884: 153). Luis, al ser heredero de un marqués, posee una gran cantidad de recursos y bienes que puede emplear a su antojo, provocando su llegada un cambio de la dinámica en el palacio, causada por lo que su padre le dice: «Haz lo que quieras, y pídemelo el dinero que necesites» (López Bago, 1884: 156). Por ende, realiza compras de muebles y caballos, y frecuenta entornos que siguen el decoro de su condición como el Veloz-Club.

El comportamiento de este aristócrata se asemeja al de los nobles, previos a los burgueses, ya algo desfasado en el Madrid del siglo XIX. Así como argumenta Carmona en una aproximación al noble madrileño del marqués de Alcañices y su comportamiento económico, que guarda relación con el del joven Luis (1986: 509): «El mayor signo de anacronismo en su comportamiento y que lo aleja de las formaciones burguesas típicamente madrileñas sea su forma de emplear el enorme excedente que dedica casi por completo al gasto suntuario».

En cuanto a su carácter, Luis es un hombre con una masculinidad algo subalterna, esto es, que no sigue los dogmas que su no-feminidad y, por tanto, no representa totalmente el perfil de masculinidad hegemónica, puesto que cuando se dispone por primera vez a descubrir el lupanar en el que conocerá a su amada Estrella, por influencia de *el Chulo* en un entorno social masculino se muestra inseguro del lugar al que se dirige

y sus implicaciones éticas. No obstante, por temor a ser juzgado como «menos hombre» acepta ir: «El excolegial sentía un malestar, una inquietud indefinida (...) no confesó nada, por no exponerse a las burlas, por no parecer ridículo» (López Bago, 1884: 176). En consecuencia, el aristócrata se ve forzado a *performar* de nuevo su masculinidad para encajar en un arquetipo de hombre. Seleccionando palabras de Desportes (2007: 65): «De lo que se trata es de reconfortar a los hombres sobre su virilidad, jugando el juego de la feminidad». El juego de la feminidad, como resultado, se establece en el prostíbulo.

Seguidamente, su actitud bonachona, lejos de ser un hombre con deseo insaciable de carnalidad y lujuria, hace que actúe como amigo, amante y ayudante de la prostituta. Por ejemplo, cuando se produce en el interior del lupanar una subasta por la virginidad de *la Pálida*, el aristócrata para impedir ese cruel acto puja la mayor cantidad de los asistentes. Luis supone un contrapunto al resto de hombres con actitud soberbia y juerguista, como justifica la adjetivación empleada frente a la exaltación que siente el joven: «Luis estaba asustado de aquello broma grosera, repugnante, brutal» (López Bago, 1884: 182). Es tal la conmoción que siente al presenciar la terrible escena de la joven por la que se comienza a enamorar, que rompe estereotipos por medio del llanto: «Causábale una profunda tristeza (...) que no pudo contener y nublaron sus ojos. Era la caída; la caída en el mar de las lágrimas» (López Bago, 1884: 194-195). Mari-Pepa, proxeneta y propietaria de la mancebía, se sorprende ante al llanto del hombre a lo que este, rápidamente, resuelve que: «Me lloran los ojos con el cigarro» (López Bago, 1884: 195), hallando una justificación lo más viril posible a ese acto que debía de haber sido reprimido, según la construcción de la hombría. A medida que transcurre la acción, se resuelve el conflicto de la subasta y Luis admira más a la prostituta. Arístides, *el Chulo*, finalmente, resuelve que no puede entregarle a Estrella a lo que él simplemente responde: «¡Ah, me alegro!» (López Bago, 1884: 199). Arístides, presenciada esta situación, llega a la conclusión de que debe de estar borracho, ya que un hombre se hubiera enfurecido al no poder ver completado su antojo sexual. Beatriz Ranea, al respecto de esto, argumenta que: «Mostrar que se es activo sexualmente en relaciones heterosexuales se convierte en una cuestión medular para confirmar la hombría» (Ranea, 2023: 49). Asimismo, los hombres que lloran, como Luis o Paco, se inscriben en la idea de «impureza» propuesta por María Lugones: «La impureza, la suciedad, es lo que se halla “fuera de lugar” con relación a un orden» (Lugones, 1999: 11) y, por tanto, la fragmentación masculina que supone esta conducta en los hombres comporta la elección, involuntaria quizá, de

convertirse en una nueva identidad, una nueva masculinidad disidente para lo que implicaba ser hombre en aquel momento.

Finalmente, a pesar del creciente amor que siente el primogénito del marqués no puede ver, tampoco, ultimado su afecto con la prostituta, puesto que, al igual que su corrompido padre, el marqués de Villaperdida, acaba enfermando después de acostarse con Estrella y, por ende, su vínculo no puede trascender hacia una virtud del alma, reflejando que el amor entre aristócratas y prostitutas era moralmente, éticamente y fisiológicamente imposible: «Luis se salvó de la muerte; pero el terrible virus inficionó su sangre, demacró su cuerpo, agotó todas sus potencias intelectuales y físicas, todas sus energías juveniles» (López Bago, 1884: 199).

LAS BESTIAS DEL BURDEL

Las bestias del burdel. Hombres que recurren a las casas del deseo para saciar su apetito sexual sin importarles las injurias hacia las prostitutas. En este apartado se analizará el arquetipo de masculinidad correspondiente a las bestias, pertenecientes a una esfera social alta, que únicamente tiene un interés en la carnalidad y el dinero, presentando especial atención en cómo este es perpetuador del sistema hegemónico de la subyugación masculina, por medio de cuatro figuras de *La prostituta* y *La chula*.

La prostituta presenta la figura de dos hombres cuyo interés en las mujeres se limita a su irrefrenable deseo sexual y su creciente interés económico para aumentar más su riqueza: Arístides, también apodado *el Chulo* y el marqués de Villaperdida, padre del ya analizado Luis, que además supone una contradicción en cuanto a construcción de masculinidad a su heredero.

Por un lado, el marqués de Villaperdida es presentado como un «grande de España» (López Bago, 1884: 57) de edad avanzada y cuyo estado de salud es muy delicado. Desde mi punto de vista, esta salud delicada no es más que un reflejo de su corrupción exterior, puesto que contrasta con la lozanía de su hijo de igual condición social, pero con un interés diferente hacia las prostitutas. La corrupción física es símbolo visible del pecado. De igual modo, me gustaría señalar el nombre parlante que identifica al personaje y que, en pocas palabras, describe la situación y condición del marqués, un hombre adinerado y con títulos que no le sirven para nada, marqués de una villa perdida. Ese nombre parlante, por tanto, también defiende la idea de la corrupción y burla que supone su figura.

Villaperdida junto a Arístides, un chulo que asciende socialmente por medio de sus negocios, logra enriquecerse a costa de las mujeres explotadas y con un desprecio constante hacia ellas. La especulación de su figura y el desprecio hacia las meretrices es perceptible en fragmentos como: «Son unas pecadoras (...) unas pecadoras impenitentes, las más infames, las más despreciables. Son la impureza con toda su podredumbre» (López Bago, 1884: 50), «Las inmundicias de la carne producen una fortuna maldita» (López Bago, 1884: 51) y «Repito que es poco. El ingreso aumenta muy lentamente» (López Bago, 1884: 52). Por tanto, estas citas demuestran como su único interés en las prostitutas es económico, de cara a su negocio y hacer crecer su fortuna. Esta masculinidad rechaza y detesta a las mujeres como seres y las percibe como el medio para agrandar su patrimonio, ya que ni siquiera llega a tener un mínimo interés amoroso en ellas. En la práctica, el único contacto con una mujer, a lo largo de la novela, es cuando satisface su deseo sexual con Estrella tomándola, sin reparo, como una de sus propiedades, ya que, a pesar del gran desdén y asco que siente hacia las mujeres alejadas de su posición, el marqués ordena a su socio que le entregue a Estrella, para colmar su deseo sexual violándola, conduciéndola con los ojos vendados hasta su oficina, para, de este modo, mantener el máximo anonimato posible. «Tú eres *la Pálida*, y ahora eres mía; suéltame, porque en ti es ridícula esta resistencia. ¿Para qué te has metido a prostituta? ¡Suelta!» (López Bago, 1884: 52). La figura de Villaperdida, así pues, percibe a la mujer como un objeto que ha comprado con su dinero y que le da el poder sobre la prostituta sin necesidad de consentimiento. Bell Hooks, al respecto, afirma que: «La figura de autoridad manda sobre los que no tienen poder y se otorga a esta figura el derecho a mantener esa regla a través de prácticas de subyugación, subordinación y sumisión» (Hooks, 2021: 38).

Por otro lado, *el Chulo* o Arístides, personaje de la misma novela, como su apodo indica, es un hombre inicialmente perteneciente a una clase social baja, pero que logra ascender socioeconómicamente por medio de sus negocios traficando con mujeres de la condición de su mujer: Mari-Pepa. Ya en su primera aparición es descrito como un joven de veinticinco años que: «vestía con elegancia extremada, exagerando la moda, andaba con desenvoltura» (López Bago, 1884: 31). En atención a lo cual, Arístides pretende asimilarse a la aristocracia y, por consiguiente, imita las actuaciones de la clase social y sus prácticas, como, «frecuentar los paseos y teatros, sitios en que podía exhibir su refinada elegancia, su gallarda postura, cualidades externas que eran en él extremadamente notables» (López Bago, 1884: 37). Así como el marqués de

Villaperdida, su interés por el dinero y la carnalidad van en aumento y, por consiguiente, forma un gran imperio de lupanares en Madrid, obteniendo un monopolio en la ciudad, con mujeres de toda España, especialmente de Andalucía, Valencia y Cataluña. Gracias a ello, «Arístides no era ya un hombre, era casi un dios, estaba dotado de un poder incontrastable, terrible, inmenso. Madrid estaba a sus pies, él lo dominaba, lo sometía» (López Bago, 1884: 48). En lo que se refiera al poder que otorga el negocio y su consecuente ascenso social, Guillermo Cortázar se basa en lo que llama una dinámica activa de la clase dominante, «Una clase dominante no se mantiene estática y cerrada sino en constante movimiento y abierta. Sería como un autobús que a lo largo de su recorrido va dejando viajeros y admitiendo otros nuevos» (Cortázar, 1986: 559). Es concretamente su actitud y pensamiento mercantil en torno a las mujeres, tratándolas como productos no como almas que amar, lo que le lleva a adoptar asimismo una actitud posesiva frente a ellas; véase cuando se plantean vender a Estrella y se niega rotundamente para no perder su mejor mercancía: «Si Estrella acepta, perdemos lo mejor de la casa, y por de pronto nuestro tanto de los diez mil reales» (López Bago, 1884: 209). Arístides, con esta respuesta a su mujer acerca de la preocupación que le causa perder a Estrella, demuestra su visión mercantil basada en la economía que produce el lupanar. El simple suceso de que llame a la prostituta «lo mejor de la casa», demuestra la despersonalización remarcada por el pronombre neutro que la iguala a un producto, como si un granjero perdiera a su mejor vaca del ganado. Por ende, cuando Paco, *el Granuja*, enamorado del alma de la prostituta, quiere recuperar a su amada de las garras del negocio lupanario, Arístides solo hallará la solución de la violencia, mediante el asesinato, para no perderla, para que no se la quiten.

Los hombres «de verdad», como Arístides, recurren a la violencia, o al menos es eso lo que dicta la hegemonía masculina. Así, *el Chulo*, presa de la cólera, asesinará al enamorado sin remordimientos, ya que: «Su enfado, por muy violento o transgresor que sea, se considera natural, una expresión positiva de la masculinidad patriarcal. La ira es el mejor escondite para cualquiera que busque ocultar el dolor o la angustia interior» (Hooks, 2021: 26). Esta reacción en el hombre expresada por Hooks, al respecto de las masculinidades actuales, es completamente aplicable a los hombres estudiados de los libros del siglo XIX. Por tanto, nos crea una reflexión sobre cómo las construcciones de los hombres se han basado, esencialmente desde siglos atrás, en mostrarse inmunes a los sentimientos y, si es el caso, canalizarlos mediante la violencia. Consecuentemente, su duelo final con Paco con el que se cierra *La prostituta* simboliza una batalla para exaltar

su virilidad, no perder parte de su patrimonio, siendo parte este la mujer prostituida y con ella, su honor: «Respecto a las disputas de honor en el siglo XIX, derivasen o no en un duelo, es posible apreciar cómo (...) repercutían en la construcción de la masculinidad normativa de los varones de las clases socialmente privilegiadas» (Blanco, 2020: 275).

En *La chula* de Francisco de Sales Mayo también hallamos masculinidades que, como bestias, solo quieren ultrajar la carne de las prostitutas, sin sentir un mínimo de respeto hacia ellas, solo desenfreno y pasión, dejándose llevar por sus instintos más primitivos. Estos hombres, sin embargo, no buscan el negocio, más bien son cómplices de él como puteros y hallan en el dinero entregado a la mujer una justificación de sus actos, asimismo, ambas masculinidades poseen un título nobiliario.

En primer lugar, el marqués de Aliatar se presenta como un, «Señorón de alto tono, entrado ya en los cincuenta, banquero principal en la corte, esposo de una noble marquesa, padre de cuatro hijos» (Mayo, 1870: 187). El marqués es el ejecutor de la pérdida de la virginidad de la chulilla Casilda, forzándola en contra de su voluntad cuando ella había caído en un ataque cataléptico en un sillón del lupanar. Dicho trato económico es pactado por Narcisa, dueña y proxeneta del local, que no siente piedad por las chiquillas, ya que forman parte de su negocio. El pacto, por tanto, se había establecido con la voluntad del marqués de Aliatar, más allá del apuesto cuerpo de la joven, así como explica Espinosa, en su estudio sobre los hombres y su masculinidad en la España contemporánea, identifica este tipo de masculinidad con la que también se puede trazar paralelismos con la mencionada del siglo XIX: «Los varones tienen necesidades sexuales irrefrenables. Recurren al sexo de pago cuando no son capaces de satisfacer sus ansias de forma gratuita o cuando no obtienen placer sexual de sus parejas por culpa de la castidad impuesta a la mujer» (Espinosa, 2022: 321). A pesar de ello, no conocemos con gran detalle al personaje, puesto que solamente se nos describen sus visitas con Casilda en el lupanar y como: «La instaló en un sotabanco de casa nueva (...) un cuartito con muebles» (Mayo, 1870: 187), a imitación de las prostitutas parisinas. En consecuencia, el marqués encuentra su redención del pacto por medio del dinero, proporcionando de lujos a la joven chulilla.

Sin embargo, la relación entre ambos personajes se ve interrumpida cuando el de Aliatar descubre a la prostituta con uno de sus amigos, don Pepito, y, por ello, decide abandonar su trato con la prostituta, ya que repara que no la puede poseer. A pesar de ello: «Le cede el cuarto alhajado y rodas las ropas y joyas (...) además, si algún día se viere en necesidad, él será siempre bondadoso para ella, pero de lejos» (Mayo, 1870:

112). «De lejos» porque ella, a pesar de ser una prostituta, debe de seguir la jerarquía que dicta su género y como no ha actuado obediente y ha tenido una: «irregular conducta» (Mayo, 1870: 112) no ha representado la feminidad que debía. Al respecto de este argumento, ligado a la feminidad complaciente, Beatriz Ranea (2023: 115) justifica que: «Es representada a través de la performance de la prostituta, que se muestra disponible a los deseos de los hombres, aquella que muestra agrado ante la mirada masculina (...) aquella que está disponible sexualmente a la unilateralidad del deseo masculino» (Ranea, 2023: 115).

Así como el marqués de Aliatar, el Duque de Haceldama recurre a una misma manera de actuar: directo y exigiendo pretensión de placer. Casilda, la prostituta, conoce a este hombre cuando regresa al lenocinio porque necesita obtener dinero para alimentar a su madre, Maruja, que previamente también había ejercido la profesión. La Narcisa, alcahueta del lugar, le explica que: «El duque no quiere relaciones permanentes, sino al escape. No fija pensión, no pone casa; pero pagará liberalmente sus minutos» (Mayo, 1870: 112). A partir de esta descripción conocemos algunos detalles de cómo se comporta el noble. El narrador está demostrando diferentes tipologías de consumidores de la prostitución. Estos últimos son los clientes: «La manera íntima del duque de Haceldama no se diferenciaba mucho de la del grave marqués de Aliatar» (Mayo, 1870: 122). El duque solo busca placer y carnalidad y no se logra indagar acerca de su psique, ya que: «Seguía visitándola; el cual, si bien enemigo siempre de pláticas y poco aficionado a responder directamente» (Mayo, 1870: 122). Cabe destacar, que, a pesar de estos actos, siempre quiso marcar su posición social frente a la de la prostituta, y símbolo de ello era portador de una prenda de ropa distintiva a su estatus: «Por mucho que se disfrazara el duque en esas visitas, nunca abandonaba su faja de general» (Mayo, 1870: 130). En consecuencia, el duque siempre quiso remarcar su lugar frente a la prostituta, a pesar de la vergüenza que le pudiera llegar a provocar concurrir el lupanar, funcionando esa faja de general como símbolo de poder, jerarquía y superioridad.

CONCLUSIONES

A lo largo del siglo XIX surgió un interés en retratar, con intención crítica, la realidad de la España coetánea en relación con la corrupción derivada del negocio de la prostitución, en obras esencialmente adscritas al naturalismo radical. En ellas, se plasma a los hombres, sin importar su posición socioeconómica, como legitimadores,

beneficiarios y perpetuadores de dicha depravación social, puesto que su género no-femenino los posicionaba en una situación jerárquicamente superior a las mujeres. Prueba de que ello es cierto, mediante el análisis detallado en cuatro novelas publicadas entre 1845 y 1884 se revelan los diferentes tipos de masculinidades que rodean el entorno lupanario con intenciones diferentes, aunque siempre ejerciendo algún tipo de poder y deseo hacia la figura femenina de la prostituta.

En consecuencia, el resultado es la clasificación en tres grupos diferentes de masculinidades que, asimismo, suponen la paradoja de que el ascenso social es sinónimo de un peor trato y destino hacia la mujer del burdel. Por ende, se distingue, en primer lugar, a los hombres pertenecientes a la clase más baja socioeconómica, los chulos y majos, que personifican un *amor bonus*, como Paco de *La prostituta*, o un *amor ferus* véase don José en *Carmen*, que sirve como modelo romántico precedente para los demás personajes. Estos perfiles de masculinidad, a pesar de estar vinculados con una subcultura marginal, relacionada a las fechorías, muestran un amor espiritual hacia sus amantes. Sin embargo, el final insatisfecho de ver materializada su unión matrimonial y vida al lado de sus enamoradas los acaba arrastrando a la violencia, símbolo de que el entorno degradado siempre acaba corrompiendo al individuo y al hombre, mostrando su verdadera naturaleza.

En segundo lugar, mediante la investigación de tres personajes se examina a los aristócratas que también aman espiritualmente, a pesar de que su posición social, completamente opuesta a la de la prostituta, acaba determinando negativamente el final amoroso. Tanto don Antonio Belmonte de *La chula*, Ciro de *María Magdalena* como Luis de *La prostituta* son hombres con posiciones políticas o nobiliarias muy elevadas en el Madrid de finales del XIX que logran emparentar su alma con la de una prostituta, aunque su desenlace amoroso es trágico, pues el honor y el deber de su posición socioeconómica les obliga a separarse de ellas, por ser indignas de sus amores. En consecuencia, Belmonte abandona a Casilda para llevar a cabo su vida con una joven de su posición, el salmantino Ciro también se despide de su *Aspasia* por un matrimonio arreglado, vinculado al deber familiar y, finalmente, Luis, hijo del marqués de Villaperdida, acaba enfermando y separándose de Estrella, puesto que la enfermedad venérea viene a simbolizar el pecado y la incapacidad de romper las reglas impuestas en su presente. En ellos el entorno vuelve a ser significativo, puesto que su modo de vida los aleja de las acciones degradadas vinculadas al hampa. En consecuencia, esta evolución o

metamorfosis en los personajes masculinos se debe indefectiblemente a la escuela del naturalismo en la que se enmarcan estas tres novelas.

Finalmente, en tercer lugar, se identifican las llamadas «bestias». Hombres con una posición privilegiada en su presente, pero con un único interés en ver saciado su deseo carnal o económico, tomando como referencia a cuatro masculinidades. Las dos primeras pertenecen a *La prostituta* de Eduardo López Bago y son el marqués de Villaperdida y Arístides. Cabe señalar que ambos tipos alcanzan el poder de manera distinta, puesto que uno consigue su posición gracias a un título nobiliario hereditario y el otro por obra del negocio con las prostitutas. A pesar de ello, ambas masculinidades despersonalizarán a las mujeres usándolas como instrumentos para incrementar su riqueza, simbolizando las bestias con el interés económico y reforzando su superioridad hegemónica mediante la mercantilización y posesión de mujeres. Seguidamente, las dos últimas bestias son el marqués de Aliatar y el duque de Haceldama y pertenecen a *La chula* de Francisco de Sales Mayo. En sus figuras podemos apreciar también la posición social. Estos hombres, sin embargo, simbolizan el modelo más común en el marco prostibulario, puesto que son clientes y participan de la explotación de las mujeres a cambio de dinero, fielmente seguros de que el intercambio justifica la potestad de pertenencia sexual. En ambos casos, al descubrir que sus compañeras también ejercen con otros hombres, pierden el interés, subrayando la doble moral en la que se exigía incluso a la mujer prostituta, por ser mujer, fidelidad, frente al hombre que le era permitido desviarse de la moral cristiana impuesta para saciar sus necesidades biológicas. Sin embargo, estos personajes les entregarán ayuda y donaciones con tal de salvaguardar sus identidades.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMENGOL, JOSEP. (2022). *Reescrituras de la masculinidad: hombres y feminismo*. Alianza Editorial.
- BLANCO, ELIA. (2021). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- BUTLER, JUDITH. (2007). La historia de las masculinidades en la España decimonónica: el surgimiento de un nuevo campo historiográfico. *Revista de historiografía*, 35, 267-290.
- CARMONA PIDAL, JUAN ANTONIO. (1986). Aproximación a un noble madrileño: el marqués de Alcañices. En L. Otero y A. Bahamonde (Ed.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX: Tomo I* (506-513). Consejería de Educación.
- CHEN, SHUO. (2018). Reseña de “Hombre en peligro. Género, nación e imperio en la España de cambio de siglo (XIX-XX). *Revista de pensamiento, crítica y estudios latinoamericanos*, 18, 249-254.
- CHERNER, MATILDE. (2022). *María Magdalena*. Espinas.
- COBO BEDIA, ROSA. (2010-2012). Consentimiento y coacción. Prostitución y políticas públicas. Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad y Unión Europea. Universidad de la Coruña.
- CORTÁZAR, GUILLERMO. (1986). La nobleza en Madrid de la época de la Restauración. L. Otero y A. Bahamonde (Ed.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX: Tomo I* (558-566). Consejería de Educación.
- CUEVAS, MATILDE. (1986). Aproximación a la consideración social de la prostitución madrileña. En L. Otero y A. Bahamonde (Ed.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX: Tomo II* (163-173). Consejería de Educación.
- ESPINOSA GUTIÉRREZ, JESÚS. (2022). *Hombres feministas y masculinidad en la España contemporánea*. Ediciones Cátedra.

- FERNÁNDEZ, PURA. (2008). *Mujer pública y vida privada: del arte eunuco a la novela lupanaria*. Boydell & Brewer.
- HOOKS, BELL. (2021). *El deseo de cambiar: hombres, masculinidad y amor*. Bellaterra edicions.
- KARANOVIĆ, VLADIMIR. (2020). La marginalidad social como material novelable: modos de prostitución en tres novelas galdosianas. *Verba Hispanica*, 28, 53-70.
- LÓPEZ BAGO, EDUARDO. (1884). *La Prostituta*. Administración: Atocha, 68, bajo.
- LÓPEZ BAGO, EDUARDO. (2005). *La Prostituta: Novela médico-social [1884]*, ed. Pura Fernández. Biblioteca de Rescate 11. Renacimiento.
- LUGONES, MARÍA. (1999). Pureza, impureza y separación. Trad. de Marta Marín Domine. En Neus Carbonell i Meri Torras (eds.), *Feminismos literarios*. Arco Libros.
- MAHER, KERRI. (2022). *La librería de París*. Navona.
- MARTYKÁNOVÁ, DARINA. Y WALIN, MARIE. (2023). *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX*. Editorial Universidad de Sevilla.
- MAYO, FRANCISCO DE SALES. (1870). *La chula*. Oficina tipográfica del hospicio.
- MÉRIMÉE, PROSPER. (2023). *Carmen*. Biblioteca Edaf.
- MONTESINOS, RAFAEL. (2007). *Perfiles de la masculinidad*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- MURO, MIGUEL. (2007-2008). Carmen: la construcción del texto y del mito español a partir del tópico de un viajero romántico francés. En Santirso, M. (2022). *El enredo de Carmen y el primer turismo en España (1830-1875)*, 167-192.
- PROUDHON, PIERRE JOSEPH. (¿1911?). *La mujer, estudio de filosofía práctica: Segunda parte de "Amor y matrimonio"*, trad. F. Lombardía. Sempere.
- RANEA, BEATRIZ. (2023). *Puteros: hombres, masculinidad y prostitución*. Catarata.

- SOBEJANO, GONZALO. (2009). Escolio al “Buen Amor” de Juan Ruiz. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Universidad de Alicante:
<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcmp5j4>
- TOSH, JOHN. (1994). What should historians do with masculinity? Reflections on Nineteenth-century Britain en *History Workshop Journal*, 38, 180.
- ZABALGOITIA, MAURICIO. (2017). *Hombres en peligro. Género, nación e imperio en la España de cambio de siglo (XIX-XX)*. Iberoamericana Vervuert.

Grau: ESTUDIS D'ANGLÈS I ESPANYOL

Curs acadèmic: 4T CURS

L'estudiant **PAU VILCHEZ NAVA** amb NIF [REDACTED]

Lliura el seu TFG **LAS BESTIAS DEL BURDEL: MASCULINIDADES EN LAS NOVELAS**

LUPANARIAS DEL SIGLO XIX

Declaro que el Treball de Fi de Grau que presento és fruit de la meva feina personal, que no copio ni faig servir idees, formulacions, cites integrals o il·lustracions diverses, extreptes de cap obra, article, memòria, etc. (en versió impresa o electrònica), sense esmentar-ne de forma clara i estricta l'origen, tant en el cos del treball com a la bibliografia.

Sóc plenament conscient que el fet de no respectar aquests termes implica sancions universitàries i/o d'un altre ordre legal.



Bellaterra, **10 de JUNY** de 2024.